

Entrevista a Miguel Sánchez-Ostiz

por Anna Caballé

Para Miguel Sánchez-Ostiz (Pamplona, 1940) la literatura es una vocación, no exenta de riesgos, que le ha permitido escribir una obra extensa, en diversos géneros: poesía, novela, ensayo... y dos magníficos dietarios —La negra provincia de Flaubert (1986, 1994) y Correo de otra parte (1993)— además de otros libros abiertamente autobiográficos como su personalísima guía de Pamplona (Destino, 1994) o el monólogo Carta de vagamundos (Pamiela, 1994). Como dice el escritor, es importante saber que hay algo más que esa sorda lucha del vivir diario, como "saber de qué mundo formas parte, de qué paisaje". Veamos su mundo, su paisaje.

En general, Vd. prefiere el término dietario al de diario para referirse o definir su prosa autobiográfica. Hay diferencias de enfoque, en efecto, entre ambos géneros. ¿Podría darnos su opinión?

Prefiero, como usted dice, el término *dietario* al de *diario* por varias razones. La primera porque me parece menos solemne, menos pomposo, que la de "diario", es decir más de andar por casa, más pública también, menos secreta, más destinada a un hipotético o azaroso lector que al cajón privado, más destinada a explicar, a nombrar el mundo que a explicarse uno mismo ante uno mismo, aunque pueda haber de las dos... La segunda, que está muy relacionada con la primera, sería ese pudor o ese viejo temor a resultar un poco ridículo si uno escribía, y mucho más si osaba publicar, un "diario" (al diario íntimo me refiero) en un país en el que hacerlo estaba mal visto hasta hartar, tanto de manera pública como privada, se juzgaba, creo, presuntuoso (el yo en España, el yo público, ha tenido mala prensa), y en ciertos ambientes de integrismo y fanatismo religioso estaba considerado como un pecado de soberbia; ahí es nada. La tercera es porque lo que yo practico como género literario (y practican y exploran otros) no se ajusta, a mi modo de ver, a lo que convenimos habitualmente que es un diario íntimo; no tiene nada que ver, por ejemplo, con ese monumento de Samuel Peppys, su desparpajo incluido, ni con ese otro de Amiel, ni siquiera con el de Jünger ni tampoco con el de Gil de Biedma, por citar cuatro ejemplos a voleo. La cuarta porque ese nombre cuasi comercial conviene a mi modo de ver a lo que de invención literaria tiene este ejercicio, porque la tiene, y a la vez a esa suerte de llevar la contabilidad de los días, si esto fuera posible, sin tener que inventarse o casi las mitades para poder seducir al lector futuro, esos falsos dietarios de los que hablaba Gimferrer... La quinta sería que el dietario, tal y como lo estamos cultivando algunos, en direcciones distintas y con fortunas también distintas, es una suerte de cajón de sastre donde caben muchas más cosas que la mera introspección morosa del diario íntimo y que no siempre es posible hacer en profundidad. El dietario, a mi modo de ver, es un cajón de sastre, una novela desordenada, un diario de a bordo, en el que cabe desde el ejercicio introspectivo hasta el memorialístico, pasando por el del testigo de mirada oblicua o marginal de su época, las opiniones más o menos contundentes, sus estampas más o menos precisas, más o menos sentimentales de cosas vistas, de lecturas, de humores encontrados incluso... Una suerte de trabajo novelesco hecho al correr de los días, hecho casi de más mirar hacia

fuera que de mirar hacia dentro, aunque de los dos haya. El caso de los escritos por Trapiello sería un buen ejemplo, por lo que de logrados tienen, de lo que acabo de decir.

Parece que nada más sencillo que coger un cuaderno y consignar en él las ocupaciones, pensamientos y todo aquello que, por lo general, ocupa la vida diaria. Y, sin embargo, hay pocos diaristas y la mayoría suelen coincidir en las dificultades de tono y contenido que encierra este tipo de escritura. ¿Está de acuerdo? ¿Qué se propone con sus dietarios? ¿Se puede hablar de desarrollo o evolución desde sus primeras entregas hasta su más obra reciente, El santo al cielo?

Me hace gracia la pregunta porque tiene mucho que ver con el comentario de ese imbécil que nunca falta, el que ante un cuadro impresionista afirma "Eso también lo hace mi hijo". Mentira, eso es una estupidez como una casa. Escribir un diario es más difícil de lo que parece. Eso lo saben todos los que lo han intentado. Hace falta proponérselo, rescatar del torrente de los días su espuma, que diría un Boris Vian citado de forma encubierta. Hay días que uno no está para gaitas; hay días sombríos en los que la escritura, sobre todo la escritura, se nos resiste; hay días que si uno tiene un carácter tirando a melancólico mandaría todo a tomar por retambufa; hay, en lo más profundo, zonas de la memoria, de la conciencia en las que uno sólo entra si se atreve y de puntillas; hay días en que uno prefiere no verse ni siquiera en el espejo así que esforzarse por encontrarse retratado con el tiempo en esos momentos más que siniestros de desfallecimiento exige un temple moral tremendo... el escritor de un dietario tiene, a mi modo de ver, que enfrentarse con todo eso, a sus propias naderías incluso, no sólo con los alardes de ingenio, no sólo con los mínimos ejercicios de estilo, sino con el temple de quien emprende una aventura intelectual, una *quest* moral, ética.

Sin contar con la mala prensa que ha tenido el diario, no ya publicarlo que eso era el colmo, sino tan siquiera escribirlo. Mala prensa incluso entre los

escritores. Ese refugiarse en la intimidad para recapacitar o para poner orden en nuestra conciencia, en un país en el que la libertad de conciencia ha venido estando particularmente proscrita, no ha estado bien visto, es más, se sigue hablando de ello en tono de burla y de desprecio inequívoco. Y crear un día a día, fingirlo con propósitos de invención literaria casi peor.

Empecé escribiendo diarios hace algo más de veinte años en unas circunstancias tirando a sombrías, de mucha confusión personal. Era un intento de poner orden, de explicarme. Luego he seguido con ese empeño de mantener un cuaderno de a bordo a rachas, con intereses diversos, con intermitencias, con muchos desfallecimientos, con pérdidas también (perdí el año 92-93 casi entero), con olvidos.



Diarios o dietarios sólo considero dos *La negra provincia de Flaubert* y *Correo de otra parte*. Lo demás que he publicado son colecciones de artículos de prensa que al principio se acercaban al modelo de dietario de Gimferrer y luego tienen más que ver con los libros misceláneos, de divagaciones memorialísticas... Tengo dos volúmenes inéditos correspondientes a los años 1988-1991 y 1991-1994, y algún otro fragmento del año 86-87. Pero por el momento no tengo ni editor ni mucho interés en que vean la luz.

Para mí el escribir el dietario es una forma de reflexionar, de explicarme -no todo lo que escribo está destinado a la publicación ni tiene siquiera un interés literario-, me sirve de cuaderno de notas de cosas vistas, de cuaderno de bocetos, de retener algo de ese paso irremediable del tiempo, de esa pérdida constante, me sirve para contestar a esa pregunta que nos solemos hacer la gente que somos desordenados y tendemos a la contemplación y a dejarnos llevar por la pereza: "¿Qué he hecho con mi vida?".

El sólo hecho de buscar un momento de intimidad para recogerse y ponerse a anotar algo en un cuaderno (o en un disco duro), supone ya una suerte de personaje rarísimo: ese hombre que se recoge en su torre (imaginaria a estas alturas), a la manera de Montaigne, cuando este dice que va a hablar consigo

mismo, es algo rarísimo, es un hombre casi de otra época, anacrónico, como el que escribe cartas.

No hace falta echarle una somera ojeada a un artículo particularmente necio y agresivo sin venir a cuento, que revelaba de paso una pavorosa ignorancia de la literatura memorialística española, publicándolo el año pasado en *El País* por el inefable Muñoz Molina que resume muy bien todos los prejuicios y prevenciones que provoca el diario como género, sin reparar en que él mismo (como le sucede a menudo) dio hace un tiempo a las prensas unas notas de diario, publicadas en una revista de conserjería de Granada, tan sonrojantes como las de cualquiera... tal vez más. El éxito viene a ser una suerte de anteojeras para caballerías o una cazalla asaltaparapetos que emborracha y empuja a decir necesidades... De esto no estamos libres nadie, claro.

Vd. parece sostener con su ciudad natal, Pamplona, una relación amor-odio que refleja abiertamente en *La negra provincia de Flaubert* por ejemplo, o de forma más ficticia y elaborada, en su novela *Las pirañas* por citar dos de sus obras más conocidas. Y se ha referido al linchamiento civil del que ha sido víctima, literalmente, al no comprender sus convecinos la distancia que media entre realidad y literatura. ¿Es así? ¿Que piensa ahora de todo ello? ¿Sigue creyendo en la literatura como vehículo de la denuncia moral?

La ciudad aparece, ciertamente, en las dos obras que cita; pero también en *Literatura*, amigo Thompson, en *Pamplona*, por citar dos libros memorialísticos. Decir que la relación con la que fue mi ciudad es de amor-odio me parece algo excesivo. Digamos que en una ciudad pequeña uno corre el riesgo de tener encontronazos, de verse obligado a convivir casi a la fuerza con asuntos que le disgustan... Poco más.

Cuando pienso en Pamplona pienso en una ciudad casi invisible, la de la memoria, la del pasado, la de la historia, una ciudad de papel, nada que ver con las pifias urbanísticas -toda esa afición al derribo de las fuerzas conservadoras... mira que es paradójica, demonio... bueno, las otras también... esas ciudades

espantosas-. La ciudad actual no me interesa nada, absolutamente nada, ni como *flâneur*. Me siento completamente ajeno a todo lo que pueda pasar o deje de pasar en ella. Después de vivir cuarenta años en su centro, vivo en otra parte y no pasa nada, no siento ni nostalgia, ni atracción, ni rechazo, nada. Mi mundo ahora es otro.

Eso sí, ahora, después de una serie de encontronazos -ya se lo dije en una ocasión al médico de urgencias cuando me preguntó "¿Pero qué le ha pasado?!", "Nada, que me he tropezado con unos zapatos... estaban puestos"- sé que todo eso de la literatura como riesgo no es mera palabrería, no es una cita entre elegante y necia para quedar bien en una entrevista de esas en las que el escritor quiere aparecer como un donfigura, y entiendo bien, sin subir el tono, porque no hace falta, que es rigurosamente cierto aquello que decía Leiris en *La literatura como una tauromaquia*, que esta, si es de verdad, nos crea problemas de convivencia. Ese es un riesgo importante a la hora de escribir algo que tenga un fondo memorialístico en una sociedad pequeña. Siempre vamos a encontrar alguien a quien no le gusta lo que escribimos, ni poco ni mucho,

alguien a quien nuestras opiniones le van a chocar, la forma de ver las cosas también, el tono, nuestro vocabulario incluso. Da igual que sean dietarios, memorias o puros inventos. Siempre habrá alguien que va a contestar, sin venir a cuento además, con insultos y agresiones, con difamación, utilizando sus influencias para quitarte una colaboración en un periódico, y hasta con notas de dietario que son puras y simples difamaciones. El que mis convecinos no distinguen esa distancia que media entre realidad y literatura pues qué quiere que le diga, me la trae al fresco. A los macarras (por mucho que puedan ser ejecutivos de multinacional), los hampones y los matones no se les pueden pedir florituras. Tampoco a los cretinos.

Lo del linchamiento civil es desagradable -bastante más en el fondo que el que unos macarras te pongan la mano encima-. El escritor que vive en Madrid o en Barcelona de esto no sabe nada. Y hace bien, hombre... Otra cosa es que se ponga a echarme discursos acerca de cómo es la vida así en general,



y mi vida en particular, desde su púlpito de éxito social y comercial. Por ahí no paso.

Lo de la denuncia moral me parece un poco fuerte, palabras mayores... Además, un escritor sin éxito, sin ventas, sin audiencia, ya puede escribir toda la denuncia moral que quiera que será materia de anaquel... No sé, luego resulta que cuando a uno se le calientan los cascos pues piensa que en este mundo donde todo está tan ordenado y bien ordenado, la literatura es una manera inmejorable de poner algo de discordancia en el ambiente. Más no se puede hacer.

En sus dietarios el lector suele encontrarse reflexiones sobre el género y autobiógrafos o diaristas frecuentados por Vd. ¿Podría hacernos una valoración del diarismo/dietarismo español y, en general, de la prosa autobiográfica? ¿Cuáles son sus autores de referencia? Y, por último, ¿Se siente solidario de otros escritores actuales con tendencia a la subjetividad y a la introspección: Andrés Trapiello, A. Martínez Sarrión...?

Me es imposible hacer una valoración. Hay unos dietarios que me resultan más interesantes que otros, tal vez porque conozco a sus autores. El caso de Juan Manuel Bonet y José Carlos Llop. Me resulta más o menos simpático su autor. No conozco otro criterio para acercarme a los textos memorialísticos. Hay prosa autobiográfica que no me gusta nada, como el libro de memorias de Caballero Bonald de una retórica que me pone en fuga. En general hay un exceso de pudor, una dificultad de hablar de uno mismo con desparpajo, con ironía cierta, con verdad, se habla más fácil del personaje que hemos fabricado, se contesta con dificultad a esa pregunta que ya he anotado antes.

En cuestión de diarios/dietarios tengo unos textos de referencia clarísimos (si convenimos que la diferencia estriba en su coetilla "íntimo"): Francisco Umbral por un lado, sus libros memorialísticos de los años setenta son importantísimos. Es, creo, quien más ha hecho por reivindicar el yo literario, el

ejercicio de la memoria en un país que empezaba a gozar de una desmemoria histórica gloriosa, por hacer que ese yo del que había que estar avergonzado, póbretico el yo, diera para mil paginas. Luego Gonzalo Torrente Ballester, cuyos *Cuadernos de la Romana* o su diario literario en "el desaparecido" que le llaman *Informaciones* fueron para mí una lectura de referencia, un modelo, alguien a quien leía como solo se puede leer un *maître a penser* y lo sigue siendo a pesar de que casi nadie lo cite. Y por supuesto, el *Diario de un artista seriamente enfermo* de Gil de Biedma. Más tarde, en el año 83, que es cuando tuve acceso a ellos, los dos volúmenes del *Dietari* de Pedro Gimferrer, todo un modelo de dietario literario, de cómo puede escamotearse el autor detrás del personaje, y finalmente el de Valentí Puig. Hoy mismo citarí, resulta obligado, los de Andrés Trapiello.



De entre los autores extranjeros que hayan explorado el género y me resulten próximos está Claude Roy cuyos diarios/dietarios me parecen un excelente ejemplo de cómo puede ser ese cuaderno de a bordo, ese dejar constancia de la mirada curiosa sobre el mundo y las cosas, sobre nuestros descubrimientos, sobre ese decir nuestra verdad quieta, claramente, sobre

ese escribir una suerte de novela desordenada sin comienzo ni fin de la que he hablado al principio y de la que insisto los libros de Andrés Trapiello son el mejor ejemplo. Y también Jiménez Lozano -ese admirable escritor-, está, me parece, en esa línea de consignar una aventura moral.

No me siento solidario de ningún escritor actual porque no tengo motivo alguno, ni de cerca ni de lejos.

Vd. reclama, ante los tropiezos de la vida cotidiana, una vida digna, ¿Podría extenderse un poco en ese aspecto?

Una vida digna... No sé... A uno se le puede ir la vida entera en el intento, en ese intentar vivir con una elemental ética, con una elemental verdad... No siempre se consigue... No siempre conseguimos esa entereza moral para afrontar las adversidades, las

pejiguerías, para conquistar un poco de alegría, de felicidad, de generosidad, de sentido de la justicia, de libertad de conciencia, de paz interior... No siempre conseguimos ser fieles a los propios sueños... No sé, yo al conjunto de todo eso le llamo dignidad... De todo esto no hay mucho en el último diarismo español esa es la verdad... Más bien al contrario... Tal vez porque se quiere escabullir de lo que a veces tiene de descargo de conciencia o de examen de conciencia (los de Jiménez Lozano son un buen ejemplo de esto) y se prefiere el ajuste de cuentas. El insulto impune... La cobardía moral... Pero yo creo que entre nosotros hasta la expresión examen de conciencia no tiene buena prensa, a la gente le suena a curas.

Finalmente, sus opiniones sobre la sociedad literaria, a menudo descrita en su prosa como una especie de "camorra literaria", no suelen ser positivas. La ve incapaz de arriesgarse por nada, amiga de trapicheos y componendas. ¿Puede decirnos algo al respecto?

Esta me parece una cuestión delicada. Las opiniones a las que usted hace referencia son en realidad unas mínimas reflexiones ocasionales, algún que otro exabrupto, producto de alguno de esos encontronazos que tenemos todos con la "camorra literaria": esa mala crítica detrás de la que se esconde una venganza cierta o difusa, ese no estar en tal o cual lista, ese ninguneo inmerecido (valga la redundancia), esa zancadilla, esa zozobra de la vanidad o del amor propio heridos (el que sea motivada o inmotivada es lo de menos), etcétera... Concluir de ahí que la sociedad literaria española está constituida, así en general, por una panda de incapaces o de collones me parece, con todo, desmedido.

Uno no puede sostener semejante majadería si se acuerda de Fernando Savater, de Torrente Ballester, de Jiménez Lozano, de José Miguel Ullán, de Juan Goytisolo.... a qué seguir.

Cabe afirmar sin embargo, si uno se atiene al jacarandoso negocio de la feria de las vanidades, que la nuestra es una sociedad literaria en la que funcionan estupendamente las capillitas, los monaguilleos, las listas, las mafias, los amiguetes, los suplementos, los complementos y los implementos, y que la vida pública del escritor (de la que en parte vive), inde-

pendientemente de la calidad de lo que escribe, porque unas veces coincide y otras no, pasa por todo ese asunto de los viajes pagados por el gobierno, los congresos, los congresillos, las mesas redondas, las antologías, las citas, las entrevistas amañadas, las presentaciones, los favoritismos, las relaciones públicas eficaces, etcétera... y que si por un casual te atreves a tocarle las narices a una agente literaria, a un donfigura o al Centro de las Letras Españolas diciéndole a quién corresponde un par de verdades molestas, e irrelevantes encima, vas sencillamente dado, coges boleto para la Inexistencia... Esto pasa, les pese o les deje de pesar a los interesados.

Cabe afirmar también que hay unos profesionales de la solidaridad, que se marcan cada artículo que tiembla el misterio sobre los asuntos humanos y poéticos, ¿no?, pero que luego si de lo que se trata es de solidarizarse con un piernas al que le han vetado un libro, pateado la cabeza, amenazado y acosado por poner cuatro cosas en los papeles pues no pondrán jamás, digo bien jamás, nada por escrito porque no les resulta rentable... Sencillamente dan asco.

Ahora, sea o no la sociedad literaria una camorra, lo cierto es que la literatura no consiste ni en la feria de las vanidades ni mucho menos en capillitas. A mi modo de ver, claro. Lo importante está en la mesa de trabajo, en la soledad, en el empeño con el propio trabajo.

Lo que sí dejé escrito en un dietario es que con no participar en esa merienda está todo o casi todo arreglado. Ahora bien eso no le libra a nadie de pasar algún que otro mal rato... Todo esto de "la sociedad literaria" es irrelevante, aunque a veces duela porque cuando se pone en juego una dosis excesiva de vanidad o de orgullo, pues las posibilidades de resultar herido son grandes.

Por otra parte todo lo que yo pueda escribir acerca de la sociedad literaria española carece de valor alguno. Estoy por completo al margen, vivo al margen en un territorio realmente fronterizo, cosa que es del dominio público, y carezco casi por completo de relaciones en esa feria, como no sean las que me unen a mis editores y a unos pocos amigos de los que no se acuerda casi nadie, es decir, que no los suele citar nadie en sus columnas, no dan negrita... ¡ay!, que me troncho.